

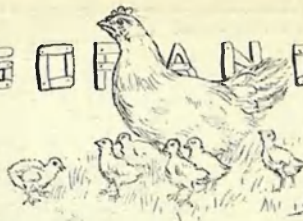


NÚM. 131 BARCELONA, 9 NOVIEMBRE 1901—25 CENTS.

EL CREPÚSCULO DE LOS DIOS
SIGFRIED Y LAS HIJAS DEL RHIN (ACTO III)

Ayuntamiento de Madrid

FILOSOFANDO



Las ocho y media y ya está en pie toda la gente de la casa. ¡Caramba con los chicos del amo! ¿No podrían dejarme dormir basta las doce? ¡Eh! Desperécemonos...

Ahí viene el gallo y sus gal'inas, á ver si ha quedado por acá algún grano de maíz.

¡Qué odio tengo á este petulante gallo! Mira, tunante, como llegues á meter la cabeza por entre los pales de mi chiquero, te saco media cresta de nn colmillazo! Te lo digo de veras. Sobre que no me dejas dormir por la noche alborotando el gallinero cuando entra la comadreja, te levantas á las cuatro y vienes á robarme el maíz que han cocido para mí. ¡Eh! ¡Cuidado que esta es la última! ¿Y te pones á cantar todavía? Mira: te digo que no me acabes la paciencia... ¡Ya sabes lo que me distingue el amo!

¡Ay, caramba! ¿qué es esto? Milagro había de ser que no arrojava vidrios acá el chico de la cocinera. Lo que va á suceder es que un día me salto el chiquero y vuelco las ollas de la cocina. Ella no me molesta, es verdad, pero ¿por qué permite al muchacho que venga á pincharme la trompa?

Vaya que al fin no todas son penas; ahí sale Cecilio con el balde rebosando de manducatoria! Miren el pato: siempre resollando angurias, como sigue detrás de mí desayuno; no he visto bestia más ridícula que el pato; es un giotón que todo se lo quiere para él. Y luego, ¿para qué tantos aires? para que el gallo, con ser otro vanidoso, lo lleve corriendo hasta el charco apenas se pelean. ¡Qué gente!

A ver que me ha dejado acá Cecilio.

¡Hola! Restos del carnero de ayer... maíz cocido... ¿papas? si, papas son... un poco de zapollo, y precisamente del que yo prefiero: amarillo; ¡Maravilloso escabeche! ¡Bien, Cecilio, bien! Te he de recomendar al amo.

Tomemos un poco de resuello antes de empezar. No se donde he leído que es peligroso precipitarse sobre las viandas, porque puede venir una indigestión. Bien puede ser una treta que hace correr entre mis hermanas el dueño del hotel de la esquina; bien puede ser... ó acaso el perro del vaquero lo haya puesto en el diario. De todo son capaces estos hambrientos.

Vamos si eso es verdad, ya he cumplido esperando diez y siete segundos. Y á propósito: me hace suma falt: un reloj, porque desearía presentar una memoria al amo, detallando el tiempo que hacen perder las moscas picándome las orejas y el rabo. Ahí está, no sé por qué no me dan un rabo aparente para matar moscas. Con razón se reía ayer el caballo viendo la inutilidad de mis esfuerzos para espantarlas. Bien es cierto también que el caballo es un envidioso; lo conozco por más que él se declare muy honrado llevando al amo á cuestras.

En cambio á mí me dan el maíz cocido y á él crudo, á mí verdura y deshechos de pavo y á él pasto de la quinta, cuando no tiene que ir á buscarlo él mismo; con que, bien miradas las cosas, si él también puede matar moscas y patear al gallo, yo soy el más regalado de la casa.

Y se acabó. Ni rastros quedan del almuerzo. —*¡Ita mira est,* como dice remendando al cura el hijo del





Es el caso, señoras mías, que en un reino chiquitín sólo famoso por los higos que producía su territorio, había una princesa encantada, cosa corriente y vulgar en historias fantásticas de añejas edades, en que alentaban Merlincs por el mundo y almas sencillas que dormían medrosas pensando en duendes, brujas y trasgos espantables.

Diz quien me inspiró este cuento, que la tal princesa llamábase Anémona y que sus ojos eran de un azul casi puro, como el de ciertas anémonas dobles. Su padre reinaba en el país de los higos: Anémona era hermosa como cumple serlo á las heroínas de estos romances que se cuentan en los pueblos al amor de la lumbre en las eternas y frías noches del crudo invierno, y, Lavisko, el papá de la princesa, era un caballereito enano, patizambo, narigudo, cruel, sanguinario y antojadizo, que más no había que pedir: el rey era una caricatura humana por lo ridículo de su estampa y la hija un dechado de belleza.

Antojósele á la niña en la florida edad en que el corazón balbucea el himno de amor, adorar á Nelskio, el capitán de la guardia real, un buen mozo, yo os lo fio, tan diestro en rendir corazones como en quebrar lanzas en la guerra, un Apolo risueño que donosamente abrazaba el escudo de Marte.

Al principio, las cosas marcharon por el caminito rosado que siempre siguen ilusiones y amores, pero pronto unas y otros detuviéronse horrorizados: salióse al paso el tirano Lavisko.

Y sin preámbulos, decretó que el capitán fuese colgado de la biguera más alta que hubiese en el reino, para que el caso sirviera de saludable lección á los mentecatos que tuvieran la osada fantasía de requerir de amores á princesas como Anémona.

A su hija mandó encerrarla en una torre aislada, próxima á Palacio.

Y como si hubiera ejecutado una buena obra, retiróse Lavisko á sus habitaciones.

Disponiéndose á sepultar su enteca, desmirriada y ridícula personalidad en el lecho, cuando apareció ante él, como evocada por arte mágica, una viejecita enlutada, de ojos enrojecidos por el llanto.

—¿Qué buscas, bruja del demonio?—preguntó el rey castañeteando los dientes de miedo.

—Busco á tu hija,—contestó con voz finísima la aparición.

—¿Mi hija?... ¿Y qué la quieres?...

—¡Salvarla!

—¿Tu?... ¿Y de qué?...

—De una espantosa desgracia que la amenaza.

—¿Y quién osará arrancar lágrimas á mi hija?...

—Quien todo lo puede en tu reino: Wolska.

Al oír este nombre, la cara del rey palideció como la de un muerto, y angustia mortal reflejaron sus ojos: Wolska era un ser extraordinario que habitaba en el bosque, siendo el vengador eterno de injusticias é iniquidades. Wolska era adorado por el pueblo que veía en él á su libertador.

El poder suyo era sobrehumano: los árboles del bosque inclinábanse á su vista; los buhos y los mochuelos mantenían con él diálogos inacabables; creíanle un taumaturgo nacido de un rayo de sol y atribuíanle una influencia decisiva en lo que ocurría en el país de los higos famosos.

—Y tú, mujer, ¿quién eres que así te presentas ante mí como fatídica agrorera?...

—La Compasión. Escucha; hay un medio de salvar á tu hija.

—¿Cuál?...

—Casarla con Neluskio.

—¡Jamás!... Mañana al romper el día habrá en mi reino un imbécil colgado de una higuera y ese imbécil será Neluskio... Diselo así á Wolska...

Desapareció la viejecita tan misteriosamente como se había presentado en la cámara real, y el tirano, satisfecho de su enérgica decisión, metióse entre finisimas holandas.

Y durmió unas cuantas horas, hasta que vino á interrumpir su sueño un infernal bullicio que al pie del palacio se sentía formidable.

—¿Qué pasará?—dijo levantándose.

E iba á lla mar á sus guar dias, cuando entró en el apo sento, con cara desolada, el Gran Canciller del reino, un hombrecito rechoncho con la nariz del tamaño y del color de una berengena.

—Señor, —tartamudeó, — perdón si evito cortesías. ¡Levantaos! —Pero ¿qué sucede, Niva?

—Las cosas más estupendas que pudieras imaginar.

Y abriendo de par en par una de las ventanas de la regia estancia, á trueque de que Su Majestad atrapasen un constipado, añadió:

—¡Mirad!

Lavisko dirigió una ansiosa mirada hacia el punto señalado.

La torre donde tenía encerrada á su hija la princesa Anémóna, había sufrido una metamorfosis extraordinaria, y las piedras y el ladrillo aparecieron convertidos en cristal finísimo y transparente. Anémóna encontrábase en sus habitaciones encantada: al pie de la torre, una inmensa muchedumbre comentaba lo ocurrido levantando un rumor de tempestad.

Lavisko está inconsolable: el único afecto que le ligaba á este mundo era su hija.

Ea los primeros momentos, intentó desbaratar la torre y libertar á la princesita, pero la vieja de mnarras hubo de presentárselo para advertirle que el primer mortal que pusiera sus manos sobre la torre ocasionaría la muerte de Anémóna.

Wolska había encantado á la princesa y tendríala reclusa en su prisión de cristal hasta que hubiese un hombre que sin tocar á la torre se apo-

derase de Anémóna. He aquí el arduo problema que se le ofrecía á Lavisko.

Y por todo el reino y por todos los ámbitos del mundo envió heraldos que pregonasen el terrible dilema. Al feliz mortal que lo resolviese se le colmaría de dinero y de honores.

Á la corte de los hijos famosos llegaron á bandadas los sabios de todos los países, y el rey y los de su Consejo pasábanse horas y horas escuchando los más extraños y disparatados medios que el caso sugería á unos y á otros.

Y la princesa seguía inmóvil, como estatua de rosado mármol en su torre de paredes cristalinas.

Entre el sinnúmero de extranjeros, ya caducos en su mayoría, que á diario rodeaban la torre pensando el medio de desencantar á la infeliz princesa,

había uno joven de rubias melenas y ojos negros que permanecía como en éxtasis los días y las noches, fija su mirada en la desdichada Anémóna: á ratos, sus ojos adquirían un brillo de felicidad; á veces, enturbábalos una nube de tristeza; suspiraba como un enamorado y con las puntas de sus dedos enviaba besos á la torre.

Aquel extranjero aun no se había presentado al rey como salvador de su hija: ya os he dicho que lo más del tiempo estababase como embebido al pie de la torre.

Unanochec, desde un campo cercano á la prisión

de Anémóna, el joven escudriñaba en las tinieblas. No veía á su adorada: sólo la luz luminosa de las antorchas de los soldados que guardaban la torre, reflejábanse siniestra en sus cristales.

Sentía el extranjero una pena que le producía abogo: sus ojos estaban impregnados de lágrimas.

—No, imposible! monologaba, — el encantamiento de la princesa será eterno. Si á trueque de salvarla tuviese que dar mi vida, la daría ahora mismo...

Concluir de decir este y encontrar á su lado una viejecita enlutada, de ojos enrojecidos por el llanto, todo fué uno.



—Nada hay imposible para el que quiere,—dijo al oído del joven.

—Pero, ¿cómo destruir sin armas ni herramientas esa torre?

—¿Y quién te ha dicho á ti que necesitas tales cosas para desencantar á la princesa?

Quedóse el joven muy sorprendido con la réplica, y mirando á su interlocutora arguyó con entereza:

—¿Y creéis que si así fuera, encontraríase aún encerrada esa niña?

—Arrogante os mostráis, pero probad el temple de vuestra alma y de lo que sois capaz por conquistar el oro que puede valerlos la empresa.

—No es el oro el que me guía: es el amor el que me empuja.

El amor, hace milagros.

—Sí, pero no desencanta princesas.

—¡Probad!

—Lo intento, pero la voluntad cede ante lo inútil del esfuerzo.

—¿Quién sabe?... ¡No desmayéis!...

—Si por constancia fuera, el cristal de esa prisión, había de derretirse con los

tiernos suspiros que mi pecho esvía.

—Esperanza y constancia son dos hermanas para las que nada hay imposible.

Dijo la vieja, y desapareció.

Mohinos y cariacontecidos hubieron de retirarse los sabios al ver que su ciencia nada podía contra aquella débil fortaleza de cristal en donde moraba insensible la hija del rey Lavicko.

La corte y el pueblo, con su soberano á la cabeza, perdieron también la esperanza; todos miraron ya á la torre como se mira á un monumento que excita la curiosidad ó despierta un recuerdo: solo el extranjero de rubias melenas no había perdido la fe ni la constancia, antes al contrario, desde que no pululaban sabios al pie de la prisión de Anémóna era más ostensible su adoración á la princesa que como rosa de te, parecía sepultada en gigantesco florero: el pueblo designó al incógnito huésped como *El enamorado de la torre*.

Habían transcurrido muchos meses y aún permanecía impertérrito en su contemplación aquel hombre que parecía querer con la mirada dar vida á la encantada princesa. Cierta tarde, un viejecito envuelto en amplia capa verde, acercóse al joven y le dijo con acento profético:

—Tú harás que Anémóna sea desencantada.

—¿Y qué sabes tú, pobre viejo?—replicó con acento de duda é ironía el aludido.

—¡Yo lo sé todo!—afirmó con acento de superioridad el anciano.—¿Dudas de que Anémóna sea desencantada?

—¡No!—contestó resueltamente el joven.

—Pues no dudes tampoco de mis palabras.

—¿Y quién eres tú?...

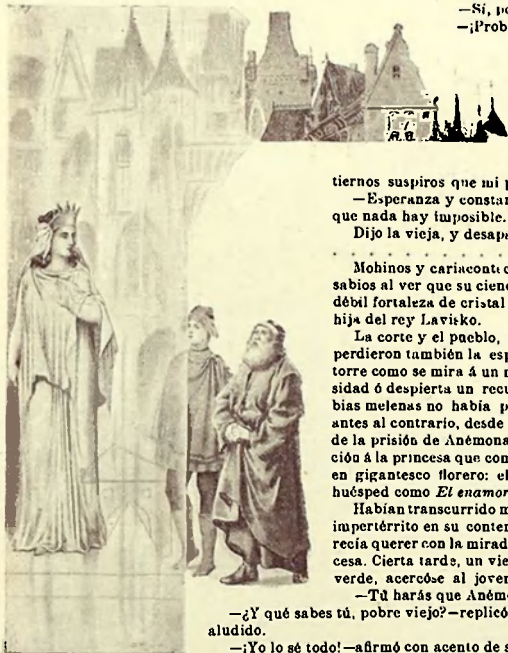
—Yo soy Wolska.

—¿Tú?...

La emoción más viva retratóse en el semblante del extranjero.

—Lo que los sabios con su talento no han podido resolver,—continuó Wolska,—lo decidirás tú con tu cariño, pero antes quiero probar hasta donde llega tu constancia y tu amor: este y aquella eran lo que yo deseaba, porque Anémóna ha muerto por el amor y por el amor tomará á su pristino ser. Durante un año permanecerás sentado frente á la torre. Si te mueves, el encantamiento perdurará. Al cumplir el año, te levantarás e irás en derecha á la torre y ese cristal será para ti debilísima muralla de humo... ¿Me prometes cumplir lo que te ordeno?...

—Por el amor de Anémóna haré cuanto me pidas.



Y así fué: el enamorado de la torre con asombro de todos los que le conocían permaneció por espacio de un año sentado frente á la fortaleza de Anémón. Al cumplir el plazo, levantóse con gran trabajo del sitio que había ocupado durante doce meses y, con paso vacilante como el de un niño que empieza á andar, dirigióse hacia la torre y atravesó el cristal que le separaba de Anémón, la cual radiante de hermosura y de felicidad le esperaba como se espera al esposo amado.

Y aún cuando se trate de un cuento fantástico ya veis como constancia y esperanza son dos hermanas para las cuales nada hay imposible en el mundo.

ALEJANDRO LARRUBIERA



L. Barrau: CABEZA DE ESTUDIO



LOS QUINTOS

Como no hay nada serio que no tenga su lado risible, los quintos, con constituir un acontecimiento tan grave para el amor de las

familias, ofrecen no poco de cómico. En los hogares donde hay varón y además verdadero cariño á los hijos, el sorteo y el reclutamiento de quintos son esperados, desde tiempo atrás, con profundo espanto. —¡Ir á servir al Rey! ¡Qué horrible!— así decían antes los padres, temblándoles de dolor todo el cuerpo.

Ya no se asustan tanto, pues ya se les va convenciendo de la excelencia del servicio obligatorio, que se acerca sin duda, aunque á paso de carreta.

Sin embargo, hay algunos padres que renquean todavía.

Hay familias pobres, y especialmente las que son pobres al par que «distinguidas», que apelan á toda clase de recursos para librar á sus hijos.

Aun está en la memoria de todos, y en la mía por supuesto, el procedimiento que empleó un zapatero para redimir á su hijo.

Desde medio año antes del sorteo se echó el buen hombre á la calle, y recorrió todo el barrio, de casa en casa, recolectando donativos.

—Vecino,—decía al primero que se encontraba, desmenuzándose la cabeza y poniendo en su acento una insinuante y humilísima melifluidéz.—Vecino; no puede usted negarme, pues lo veo en su cara, que tiene usted un gran corazón.

—¡Gracias!—le replicaba el otro.—Cúbrase usted, que hace frío y puede constiparse.

—Es el caso, vecino, que entra en quintas mi hijo este año. Y ¿usted permitirá que él cargue con el chopo, ó como ahora se dice, con el «mauser»?

—¡Hombre! Por mi parte, no veo inconveniente en que sea soldado su hijo. ¿No lo son otros?

—No, no. Usted tiene buenas entrañas y no permitirá que sufra trabajos, ó que me lo maten, á ese hijo del alma, á quien he criado á mis propios pechos... digo... con el sudor de mi frente.

—Pero, yo ¿qué entro ni salgo en...?

—Sí, señor. Usted puede salvarme.

Y tras esa introducción quejumbrosa, cambiando de tono, sacaba del bolsillo una lista de suscriptores, por cantidades diversas, para la redención del hijo del zapatero.

Y pudírase ó no se pudiera, no había más remedio que figurar en aquella lista, «aunque no fuese más que con un perro chico.»

Eso sí, era muy cortés y muy agradecido el zapatero, y no se despedía de ningún donante sin invitarle «a tomar una copita.»

Lo malo fué que, como el maestro zapatero, para desempeñar a conciencia su cargo de postulante, había soldado por completo el tirapiés y la lezna, cuando llegó el sorteo, ya se habia comido los cuartos. Salíó soldado el chico y tuvo que cargar con el chopo.

Pero es lo que decía su padre:

—¡Que nos quiten lo comido!

Quien está inconsolable este año es la respetable familia de Lamerónes.

Le salió soldado su hijito Veremundo, un niño godo, quiero decir, gótico, que estudia carrera, y que según el parecer de los padres (¡Dios los bendiga!) va a resultar el chiquillo un porriento.

—¡Sisebuto!— dice la mamá al esposo.—Es menester librar al niño a todo trance.

—Eso quisiera yo, Brunequilla, —la replicaba compungido el jefe de aquella familia gótica.— ¿Pero cómo? Esa es la cuestión. ¿Cómo sacar dinero de dónde no le hay?

—Es verdad, es verdad,—repite doña Brunequilla con desolación indescriptible.

Y no da su brazo a torcer, y se ha agarrado al largo catálogo de «utilidades físicas», que existen del servicio bélico.

—Probemos la vista,—ha dicho á Veremundito.

Y le compró unos lentes de los números 2 y 3 para leer á 35 centímetros letras pequeñas, y otros del 6 para distinguir los objetos á alguna distancia.

Pero ¡quá!... Veremundo salió de estas probaturas con un dolor de cabeza tremendo y con sinnúmero de chichones en las rodillas de los tropiezos y caídas que sufría cuando andaba.

—No, hijo del alma, no. No eres miope. ¡Como tienes tan buenos ojos!

—dijo la mamá con desaliento y se lanzó tras nuevos ensayos redentores.

Pero nada. El chico, aunque algo flacucho, no adolece de ningún defecto físico notable, ni tampoco de ninguna deformidad moral sobresaliente, pues aunque es medio tonto, su tontería es tan tonta que no le sirve precisamente para nada útil.

—¡Qué lástima! — exclama doña Brunequilla.— ¡Si fuera imbécil se libraría! Pero ¡es tan listo!

Donde no hay penas ni desmayos, ó por lo menos se soportan con varonil alegría, es entre los mozos salidos del seno de los campos.

Enjugadas pronto las lagrimillas que se derraman en la última despedida á la madre y á la novia, allá van en grupos por las calles cantando y alborotando como cuando iban á nna romería.

Casi todos marchan descaperuzados. ¿Para qué quieren montera alguna si habrán de sustituirla por el marcial gorrete?

Y en sus ropas, las más raidas y estropeadas, pregonando con todo, según su forma y clase, de qué región ha sido arrancado el que las lleva, se nota también la inmediata sustitución por el pantalón y la teresiana azul ó roja.



Y cada pandilla de mozueros va diciendo, con sus solos cantos, su procedencia.
 ¿Suena la jota? ¡Oh! ¡Maturricos son, curtidos, enjutos, serenos, enérgicos, poniendo en sus cadencias vibrantes y roncadas algo del espíritu de su altivo país!

¿Se oye la gaita? ¡Oh! ¡Galleguinos son, robustos, sencillos, nobles, imprimiendo á sus cantos algo de la triste y vaga dulzura que flota por los valles de su adorada «terra»!

¿Se escucha un coro? ¡Oh! ¡Catalanes son, altos, recios, graves, trayendo en sus voces algo de los severos rumores del taller, gloria de su país!

¿Se siente la guitarra? ¡Oh! ¡Valencianos, andaluces, castellanos son, nerviosos, morenos, ágiles, denotando en los sentidos compases de sus cantares algo del alma arábiga de sus bellas regiones!

Y así todos los hijos de España, que han respirado el sano ambiente del pueblo, acudiendo presurosos y risueños á cumplir con el santo, aunque penoso, deber de servir á la patria.

¡Qué melancólico va en cambio el señorito cursi!

Días pasados me encontré á Juanito Corbatín, y viéndole cabizbajo, le pregunté:

—¿A dónde vas tan afogado?

—¡Al cuartel!—respondió.—¡Soy soldado!

Y se me echó á llorar como un niño de teta.



EMILIO RIVAS

INAUGURACIÓN DEL FERROCARRIL FUNICULAR DEL TIBIDABO



ASPECTO DE LA ESTACIÓN DEL FUNICULAR

Resuelto por fin el expediente en tramitación en el ministerio de Agricultura, Industria, Comercio, Obras Públicas, y no recuerdo que mas, pudo procederse el 29 del pasado, por la tarde, á la bendición é inauguración oficial del ferrocarril funicular al Tibidabo.

Al acto asistió numerosa y selecta concurrencia.

A las dos y media el Cardenal, doctor Casañas, llegó á la avenida que desde el paseo de la Bonanova conduce á la estación del funicular, é inmediatamente en unión de los representantes de la compañía explotadora tomó asiento en uno de los tranvías

eléctricos que conducen á la indicada estación. Una vez en esta, se trasladaron buen número de invitados á uno de los coches del funicular, que pronto ascendió hacia el Tibidabo.



LA COMITIVA DIRIGIÉNDOSE AL FUNICULAR

tés, Robert y Pibernat. Seguidamente, en unión del clero de la Bonanova y cantando las preces de rúbrica, la comitiva dió la vuelta por los alrededores de la estación, que bendijo el doctor Casañas.

Una vez de regreso en la capilla, el Cardenal dirigió sentidas frases á los concurrentes, para felicitarse de que se hubiera reclamado el concurso de la Iglesia en la fiesta que se celebraba.

Entre otras cosas, dijo, acto seguido, que andan equivocados los que creen que la Iglesia está reñida con el progreso, y que la Historia demuestra que muchos de los inventos han sido felizmente des-



LLEGADA DE LA COMITIVA Á LA ESTACIÓN



EL CARDENAL CASAÑAS BENDICIENDO LOS ALREDEDORES DE LA ESTACIÓN

Desde lo alto de las márgenes que flanquean el camino que recorre el ferrocarril, fué muchísimo el gentío que contempló su paso.

Ya en la meseta de llegada descendió la comitiva, siendo recibido respetuosamente el señor Cardenal por las numerosas personas que allí esperaban, y que se inclinaban besándole el anillo pastoral, mientras la Banda municipal le saludaba á los sones de la marcha real.

El cortejo se trasladó á una de las dependencias de la estación que había sido habilitada para capilla.

El señor Cardenal, doctor Casañas, revistiéndose de capa pluvial y mitra, siendo asistido por los canónigos doctores Cor-

cubiertos por el clero.

«Les diría, indicó el Cardenal, que no hay antagonismos entre la fe y la ciencia, pues ambas proceden de Dios. Depende la equivocada idea que se tiene de ello de dos causas: de que no conocen á fondo la religión ó de que equivocadamente pretenden tener conocimiento de nuestros misterios.»

Cuando terminó de hablar el señor Obispo se entonó un solemne *Te-Deum*, terminado el cual los más de los invitados tomaron por tandas el ferrocarril de regreso.

ALFREDO OPISSO



VENECIA: EL MUELLE DE LA GINDECCA, cuadro de Enrique Woods

Ayuntamiento de Madrid

EL LLANTO DE LA VIUDA

Muere cierto deudo mío,
y la buena de su esposa,
cumpliendo con los deberes
sociales, viste las tocas
de la viudez, y anegada
en las lágrimas que brotan
de sus bellísimos ojos,
como perlas vaporosas,
lanzando grandes suspiros
su triste suerte deplora.

En torno de la cuitada
se agrupan varias personas
que mitigan su tristeza
con frases consoladoras.

—Seca tu llanto, ten calma,
tu desventura soporta
con resignación, y piensa
que Dios á nadie abandona—
la dice, por decir algo,
una apreciable señora,
y tras de una breve pausa
añade, por hablar, otra:

—Grande, hija mía, es la pena
que en este instante te agobia;
más sírvate de consuelo
que, por sus laudables obras,
el bueno de tu marido
goza de Dios en la gloria.

Nueva pausa. La interrumpe
otra vez cierta devota
con pretensiones de santa
y ribetes de filósofa,
que exclama mirando al cielo
en actitud melancólica:

—La muerte; oh Dios! ¿Qué es la muerte?
El fin de la humana historia!
Hoy unos... otros más tarde
todos vamos á la fosa



donde la farsa concluye
y la realidad se toca.
La muerte es el bien supremo
que las almas justas gozan
en pago de las virtudes
que en este mundo atesoran.

A pesar de los consueños
que la prestan cariñosas
las buenas de sus amigas,
la pobre viuda solloza;
y tras otra nueva pausa,
con su pañuelo de blonda,
seca el llanto y en serena
dirigiéndose á una próxima
que, por único consuelo
para una pena tan honda,
la dice que las desgracias
conforme vienen se toman
exclama inconscientemente:

—¡Amiga, razón te sobra;
pero, aunque quiera, no puedo
remediarla, pues no ignoras
que yo siempre me disgusto
por la más pequeña cosa!

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE



PEPITORIA

BIBLIOTECA AZUL

Esta Biblioteca se publica por tomos en octavo menor de 300 á 300 páginas, con ricas cubiertas al cromó, y contiene las obras de los más insignes novelistas antiguos y modernos, pudiendo asegurarse que es la última palabra de la perfección y la economía. Todas las obras, traducidas con la mayor fidelidad y pulcritud aparecen *íntegras*, como el original.

Hasta ahora van publicados los siguientes tomos:

El asesinato del Puente Rojo, por Carlos Barbará.

Magdalena la Mendiga, por L. Jaccoliot.

El tesoro del pirata, por L. Stevenson.

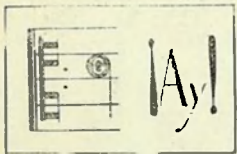
El crimen del molino de Usor, por L. Jaccoliot.

Oro, por Enrique Syrenkewicz.

El hijo Maldito, por H. de Balzac.

Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

ACERTIJO, por Novejarque



LA MAYOR FONDA DEL MUNDO

Tratándose de una cosa que sea la mayor del mundo no hay que decir que se halla en los Estados Unidos.

La fonda *á hotel* á que nos referimos se levanta en Buffalo, habiendo sido inaugurada con motivo de la Exposición; la fachada mide 200 metros de longitud y la superficie que cubre es de 36,416 metros cuadrados. No tiene más que bajos y primer piso. En el comedor grande se puede servir un banquete de 5,000 comensales. Puestos los corredores en fila alcanzarían una extensión de cinco kilómetros y medio.

El nombre del establecimiento es *Hotel Sattler*.

El ideal del colicida lo realiza por fin el maravilloso invento, del doctor LADIVONSIM.

Con el título de *L' Echelle* se ha estrenado en el teatro de la *Renaissance* de París una piececita que denota en su autor M. Eduardo Norés un profundo conocimiento de nuestras obras dramáticas, pues es ni más ni menos, que la traducción de *El último mono* de Narciso Serra, zarzuelita que hacía las delicias del público en tiempo de la Unión Liberal.

Por supuesto que eso no consta en el cartel parisiense, como no constan tampoco tantas cosas en los carteles madrileños y barceloneses.

SEGUN LA LETRA...



Sustituir los puntos por letras constantes y el punto mayor según la letra que se coloque resultará:

- 1.°—Tiempo de verbo.
- 2.°—Máquina de guerra antigua para lanzar piedras.
- 3.°—Confederación entre reyes ó Estados, etc.
- 4.°—Pez de mar, sumamente voraz y ansioso de carne humana.
- 5.°—Arbusto muy conocido que florece en la primavera formando racimos y ramilletes vistosos.
- 6.°—Capital de la República del Perú.
- 7.°—Nombre de mujer.
- 8.°—Instrumento músico de cuerdas.
- 9.°—Pez semejante á la locha.
- 10.°—Landrilla.
- 11.°—Otro pez.

NOVEJARQUE

LA APENDICITIS

A propósito de la frecuencia con que se registra ahora esta rápida y terrible enfermedad se han hecho detenidos estudios para averiguar la causa, teniendo muchos visos de verosimilitud la suposición de que puede depender del desuso en que han caído los purgantes y enemas, del mayor consumo de carne y de la frecuencia con que se padece ahora de lombrices, por más que, por punto general, los médicos se muestren escépticos tocante á este punto.

Consecuencia: conviene menudear más de lo que se viene haciendo la famosa limonada de citrato de mag-

nesia, el agua de Loeches, Carabana, Rubinat, etc., y administrar santonina en cuanto se sospeche de los lombrices.

EL ACIDO SULFURICO ES LA LITRERIA

M. Armando Gautier ha observado la presencia de una gran cantidad de aceite de vitriolo en el aire de ciertos barrios de París; este ácido sulfúrico procede del ácido sulfuroso desprendido por las chimeneas industriales, que se transforman en aquel, sobre todo en invierno.

Las soluciones en el próximo número.

SOLUCION

a los pasatiempos del número anterior

Jeroglífico.—Partenon.

Triángulo.

M
S
O
A
A
R
O
R
B
E
T
R
A
E
N
S
I
E
R
R
A

leyendo las líneas horizontal y vertical dirá el nombre de la gran cordillera

SIERRA - MORENA

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

A. M. G.—Toledo.—La nueva poesía que se ha servido remitirme es bonitaísima. La inserción de la otra depende del ajuste, siempre variable.

B. C.—Madrid.—Está bien, é ind. J. B. M.—Valencia.—Efectivamente, usted era quilo. Le escribí pronto.

R. P. E.—Zamora.—Aceptado, como siempre, y muchas gracias por todo.

M. E.—Se publicará la *Nova revuelta*, pero antes es preciso que se salda á los tres kilómetros y medio de Cuadros que están formando canal, esperando su conversión de letra manuscrita en letra de molde.

A. (J)—Barcelona.—Acepta.

J. F. B.—Idem.

J. de H.—Valencia.—Sirve perfectamente, y ha llegado á tiempo. Estoy buscando el número.

C. F. V.—V. de A.—El cuento está bien escrito, pero no creo que el asunto, por su desolación, fuese del agrado del público. La venganza resulta muy ruin.

M. G. R.—Madrid.—Como ya sabrá usted, el gobernador de Madrid ha suprimido eso, y el cuento, por lo mismo, ha perdido su oportunidad. Además, no me gusta el rasgo con que parece haceros: por sin simpático el señor marqués.

R. P.—T.—Verá usted con facilidad, pero desgraciadamente no cuida de escribir los rísplos, que son muchísimos.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSERTARSE O NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL «LA IBERICA», PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

